

## *La magia interior*

Si bien la belleza del paisaje en invierno era incomparable, el ver salir el sol en primavera, a través de los árboles del bosque, era realmente un regalo para los sentidos. La suave brisa acariciando la piel y jugando con el cabello; o la vista, siendo lentamente estimulada por la creciente claridad; para finalmente ver como la delgada bruma matinal, que se elevaba de la tierra húmeda, ser suavemente cruzada por una dorada cascada de rayos de luz solar.

No podía haber un regalo máspreciado que el íntimo contacto con la naturaleza; con el aire, la tierra y el agua, y también con el fuego purificador. Con las plantas y con los animales; los que cruzaban el cielo, las aguas de ríos y mares, y los que corren libres por bosques y llanos.

...

—Buenos días árboles; buenos días hierbas; buenos días avecitas; buenos días animalitos; buenos días, Señor Sol. Espero que todos tengan un buen día —saludó Lina a todos los habitantes del bosque.

—Esta es una hermosa mañana —se dijo la muchacha, con los brazos en alto para estirar sus músculos—. Lástima que eso no es suficiente para llenar la olla.

...

De vuelta en su casa, Lina comenzó su rutina de los jueves, de juntar los huevos de las gallinas y las hortalizas y frutas listas para la venta. Después de cargar su carrito y despedirse con un beso de su pequeño hijo, se dirigió al mercado del pueblo.

Caminando sin prisa, la muchacha disfrutaba del aire marino, que llegaba de la costa atlántica, no muy lejos de ahí.

El mercado era el lugar de encuentro social del pequeño pueblo, donde todos se reunían, a fortalecer sus lazos de amistad y comunidad, además de abastecerse e intercambiar víveres y otros productos.

...

—Hola, Señora María —saludó Lina.

—Hola, mijita. ¿Cómo estás hoy? —respondió la mujer

—No muy bien —contestó cabizbaja la joven—. El de siempre, volvió a molestarme y esta vez me robó varios huevos.

—Esto no tiene perdón de Dios —opinó la mujer con el ceño fruncido por la indignación.

—Y la justicia no hace nada por ayudarme —agregó Lina.

—Sabes que puedes contar con todos nosotros para lo que sea —indicó una mujer que estaba comprando algunas frutas en ese puesto.

—Lo sé, Señora Juana. Son todos muy amables conmigo —agradeció la joven.

—No faltaba más. Entre mujeres debemos apoyarnos —añadió la Señora María.

—Lo bueno es que esta mañana los animalitos y aves del bosque me desearon un muy buen día y me alegraron mucho contó Lina, con una dulce sonrisa.

...

Después de vender toda su mercancía, Lina regresó a su casa, a cuidar a su pequeño y a sus animales, y tratar, tal vez, de descansar un poco. Siendo solo ella y su pequeño hijo, sin nadie que la apoyara, todo el trabajo de su pequeño campo recaía en sus esforzadas manos; no teniendo tiempo casi para sí misma.

...

— ¡Ayyy, no. Me falta una de las ovejitas pequeñas! —se lamentó Lina, cuando se disponía a alimentarlas.

—Esta vez no fue el hombre ese —observó la muchacha, al ver las huellas de la oveja que se dirigían hacia el monte.

Después de caminar rápido, siguiendo el rastro de la cría perdida, Lina llegó hasta la base del monte. Luego de recorrerlo con la vista, pudo al fin ver a la oveja comiendo plácidamente un poco de hierba fresca.

Cuando estaba por regresar a su casa, luego de atar una cuerda al cuello de la oveja, un lastimero gruñido atrajo la atención de la muchacha.

Dejando amarrada a la cría a una roca, Lina subió unos cuantos metros entre las rocas, premunida de un palo para defenderse de ser necesario.

Acostada sobre una roca, Lina vio a una puma hembra, que tenía una de sus extremidades anteriores atrapada entre un matorral de espinas.

—Pobrecita —opinó la muchacha, luego de un rato.

Muy despacio; moviéndose lo más lento posible, Lina se agachó y dejó el palo en el suelo.

—Tranquila; trataré de ayudarte a salir de ahí, pero por favor no me vayas a atacar —dijo lo más calmada que pudo, tratando de tranquilizar a la hermosa bestia.

Sin quitarle la vista de encima, Lina se acercó lentamente al animal herido.

—No voy a lastimarte y tú no me lastimarás —dijo la muchacha, tomando con sumo cuidado las tramas con afiladas espinas, que herían a la felina.

Por favor no te muevas —pidió Lina, mientras retiraba las últimas ramas, liberando la extremidad de la puma.

Como si comprendiera las intenciones de la humana, la gran gata permaneció inmóvil, sin dar muestras de agresividad ni miedo hacia ella.

—Ya estás libre, pero tienes una espina muy enterrada en tu mano y debo sacarla para que no se infecte —señaló Lina.

—esto te va a doler, pero tú eres una chica valiente y no me vas a atacar —agregó la muchacha, acariciando suavemente la cabeza de la puma, la que no hizo ningún gesto de desagrado ni molestia al respecto.

—Lo voy a hacer lo más rápido posible —indicó Lina, sujetando firme con una mano la poderosa extremidad de la felina y con la otra la espina.

— ¡Ahora! —avisó la muchacha, sacando de un tirón la gran espina de la mano de la puma.

Una mezcla de maullido y gruñido por el dolor fue la única reacción de la gran gata, cuando la afilada espina dejó de lastimarla.

—Buena niña; eres muy valiente. Ahora deja que te lave la herida con agua fresca —dijo Lina, vaciando una abundante cantidad sobre la zona lastimada.

Lina siempre cargaba un pequeño botiquín de emergencia, cada vez que subía al monte; y esa era una verdadera emergencia médica, según ella.

—Ahora debo desinfectar esa herida y ponerte una venda para protegerla —señaló la muchacha, destapando una botellita de yodo.

—Puede que te duela un poco, pero sé que entiendes que es por tu bien —agregó Lina, vaciando un poco del desinfectante sobre la mano del animal.

Manteniendo la calma, la puma dejó que la muchacha le volviera a acariciar la cabeza; de alguna forma comprendía que la humana era una amiga, y podía confiar en ella.

—Solo falta ponerte una venda para que la herida no se ensucie. Es solo por hoy; mañana te la puedes sacar —indicó Lina.

—Creo que ya terminé —señaló la muchacha, admirando su buen trabajo, con un animal potencialmente muy peligroso.

Levantándose muy despacio, para no asustar a la puma. Lina se puso de pie y alejó lentamente sin darle la espalda.

Con un suave ronroneo, la felina respondió a la humana, agradeciendo que la hubiese ayudado.

Volvamos a casa —señaló Lina, soltando la cuerda que sujetaba a la pequeña oveja—. Si no hubieras escapado, nunca habría encontrado y podido curar a esa puma herida.

—Esta vez tu curiosidad fue de gran utilidad; pero por favor, no vuelvas a escaparte —agregó la muchacha mientras llegaba a su casa.

...

Mientras cenaba, Lina relató su increíble aventura a su pequeño hijo.

Después de acostar al niño, la muchacha se tomó un relajante baño caliente y se sentó junto a la chimenea, a disfrutar de una humeante taza de chocolate caliente.

Los golpes de alguien llamando a la puerta atrajo su atención.

— ¿Quién podrá ser a esta hora? —se preguntó mirando por el ojo mágico de la puerta.

Una rubia mujer sonrió cuando Lina miró quién buscaba.

—Buenas noches, hermanita —saludó la extraña.

— Venía a darte las gracias por haber curado mi mano en el monte —indicó mostrando la mano derecha, con una venda que a Lina le resultó familiar.

—Yo no recuerdo —dudó Lina.

— ¿Puedo pasar? —preguntó la desconocida, mostrando una larga y gruesa espina.

—Adelante —accedió la confundida muchacha.

—Creo que necesitas una buena explicación —señaló la mujer.

—La verdad es que no entiendo nada —comentó Lina—. Si estuve en el monte a medio día, pero.

—En el monte curaste la mano de derecha de una puma hembra —interrumpió la mujer.

—Sí, así es —reconoció Lina.

—Y se la vendaste con esta venda —agregó la mujer.

— ¿Esto es una broma, verdad? —preguntó Lina más confundida aún.

—Yo era esa puma —reconoció la mujer, mirando a los ojos a Lina, mientras sus ojos se volvían de color amarillo, como los de la gran felina del monte.

—Pero, pero —vaciló la muchacha.

—Soy una bruja blanca —agregó la mujer, con el cabello brillante y flotando, agitado por un viento inexistente—. Una bruja blanca al igual que tú.

—Pero yo no soy ninguna bruja —negó Lina.

—Lo eres, pero aún no has despertado como tal. ¿No has notado que tú puedes entender a los animales y a las plantas, y que ellos parecen entenderte a ti —preguntó la mujer.

—Sí, pero eso es normal; desde niña siempre he entendido a los animalitos —trató de explicar Lina.

—No todas las personas pueden hacerlo; pero tú sí, porque la magia de la Diosa está en ti. —explicó la mujer.

—En el fondo te creo —reconoció Lina, jugando con la taza de chocolate—. Siempre me he sentido distinta.

—Lo eres, hermanita. Y cuando llegue la hora de tu despertar, serás recibida por todas tus otras hermanas —señaló la mujer.

—Esto es tan extraño que no sé qué decir —opinó Lina.

—No trates de entenderlo con la cabeza; deja que sea la voz de tu instinto y de tus antepasadas la que te guíe. Ahora ve a dormir —concluyó la mujer, pasando una mano frente a la cara de Lina.

Un dulce sueño en el que la naturaleza se presentaba más viva y cercana que antes, acompañó el descanso de Lina esa noche, del día más extraño de su vida.

...

Lina se despertó temprano y preparó el desayuno para ella y su hijito. Más tarde debía ir al mercado a vender algunas frutas.

—Cariñito de mamá, el desayuno ya está servido —llamó a su hijo.

—Ya estoy aquí, mami —respondió el niño tomando asiento.

—¿Lavaste tus manos? —preguntó la muchacha, al vérselas sucias aún.

—Vuelvo enseguida, mami —contestó el niño.

Mientras esperaba a que el niño regresara, Lina se fijó en la flor que estaba en una botella de refresco, adornando la mesa del comedor.

—Mmm, ya se está marchitando esta flor —observó, tocando suavemente sus delicados pétalos.

Ante la sorprendida mirada de Lina, la seca flor recuperó su frescura, brillante colorido y su dulce aroma.

—Esto no lo puedo creer —comentó sin dar crédito a lo que veía.

—¡Qué linda flor, mamita? —observó el niño cuando volvió a su puesto.

—Es cierto; la otra ya estaba seca —respondió la muchacha a su hijo.

—¿Vas a volver pronto hoy? —preguntó el niño.

—Lo más pronto que pueda. Ya sabes que debo vender unas frutas en el mercado —contestó Lina.

...

Como de costumbre, el mercado del pueblo era el lugar de encuentro social favorito de todos.

—Buenos días, Señora Rosita —saludó Lina.

—Buenos días, Linita. ¿Cómo amaneció hoy? —contestó la mujer.

—Muy bien, gracias —respondió la muchacha—. Lista para vender mis frutas.

Sin que nadie lo pudiese prever, un carro de madera cargado de frutas comenzó a rodar sin control por la calle del mercado. Afortunadamente, todos pudieron apartarse de su mortal carrera; o casi todos.

— ¡Señora María, cuidado! —gritó Lina cuando vio que su vecina sería inevitablemente arrollada.

Lina abrazó con fuerza a la mujer y cerró los ojos, mientras en su mente seguía viendo el carro en movimiento, el que inexplicablemente se desvió, terminando volcado en un costado del camino, sin lastimar a nadie.

— ¿Están todos bien? —preguntó uno de los aldeanos, que esa mañana ofrecía su mercancía.

—Solo fue un susto muy grande —contestó la Señora María, arreglando su ropa.

Lina secó la transpiración de su frente, que atribuyó al miedo.

Después de un rato, todos olvidaron el incidente y se concentraron en vender sus productos.

...

De regreso a casa, una desagradable sorpresa esperaba a Lina.

—Vine a ver a mi hijo y pedirte prestado un poco de dinero —dijo la ex pareja de la muchacha, tratando de arrebatarse el bolso.

— ¡Déjame, es mío! —gritó la muchacha.

— ¿Qué pasa, mami? —preguntó el niño, ante los gritos de su madre.

—Entra a la casa —ordenó Lina.

—Hijo, vine a verte —dijo el tipo, acercándose a tropezones al pequeño, a causa del alcohol.

— ¡No te acerques a mi hijo! —gritó furiosa Lina, mientras corría a abrazarlo.

El hombre se veía muy alterado y se aproximaba en una actitud amenazante, que no presagiaba nada bueno.

Con los ojos cerrados y abrazando con fuerza a su hijo, Lina comenzó a decir en voz alta lo primero que le vino a la cabeza.

— Soy bruja poderosa  
La oscuridad no puede derrotar a mi luz.  
Despierta bruja poderosa  
Despierta  
Despierta

Un deslumbrante resplandor iluminó y rodeó a Lina y al niño, casi tan segador como la luz del sol.

Lina, con los ojos cerrados no se daba cuenta de lo que pasaba, y seguía repitiendo las palabras.

— Soy bruja poderosa  
La oscuridad no puede derrotar a mi luz.  
Despierta bruja poderosa  
Despierta  
Despierta

El hombre salió corriendo, dando gritos de terror; el susto que pasó fue tan grande que se le pasó la borrachera. Al llegar al pueblo, contó lo ocurrido, solo consiguiendo que todos se burlaran de él.

Con los nervios destrozados, Lina se dirigió a las autoridades; pero una vez más, no obtuvo ninguna respuesta satisfactoria.

...

La noche llegó pronto y con ella la luna plateada, que redonda en todo su esplendor, la coronaba. Muchas cosas habían pasado ese día y Lina estaba muy cansada.

Alguien golpeó la puerta y Lina no estaba segura si abrir o no, pero como insistían, se levantó a ver quién era a esa hora de la noche.



La muchacha se sorprendió al ver al otro lado de la puerta, a la mujer rubia de la otra noche.

—Ya es el momento, hermanita. Un lugar entre tus otras hermanas te espera —dijo la mujer tendiendo las manos a Lisa—. Ven conmigo.

...

Caminando sin prisa y en silencio, ambas mujeres llegaron a un claro en el bosque, donde ardía una gran hoguera.

Poco a poco más mujeres, todas vistiendo túnicas blancas, fueron llegando al claro.

—Bienvenida, hermanita. Hoy vas a unirme a la Diosa —señaló la mayor de las mujeres, cuya edad no era fácil de precisar debido a su belleza, pero evidente madurez—. Esta noche danzarás junto a nosotras en torno a la hoguera.

...

Formando un círculo alrededor de la pira ardiente, las mujeres alzaron sus manos hacia la luna llena, que en ese momento ocupaba el centro del cielo nocturno. Caminando lentamente al principio, poco a poco aumentaron su ritmo; al ritmo de la danza y de las llamas, comenzaron a entonar un extraño conjuro.

—” Invoco a la Diosa que susurra a mi alrededor  
Despierta  
Bruja poderosa  
Invoco a tu luz y a tu sombra  
Soy tierra, soy agua, soy fuego y soy aire.

Soy bruja poderosa  
Soy una con la Diosa y con mis ancestras.

La oscuridad no puede derrotar a mi luz  
Porque mi corazón es puro, mi voluntad es fuerte  
Y mi palabra es ley.

Despierta bruja poderosa  
Despierta  
Despierta”

Cada vez con más fuerza, repitiendo una y otra vez el antiguo saludo a la diosa de las brujas blancas.

Cuando cesó el baile entorno a la hoguera, la primera bruja a quien Lina conoció, se acercó a ella portando un cuenco con una mezcla de hierbas, tierra y

cenizas. Untando sus dedos en la pócima, dibujó tres lunas, naciente, llena y menguante, sobre la frente de Lina.

—” Despierta bruja poderosa  
Despierta  
Despierta”

Dijo la bruja de dorados cabellos.

—” Despierta bruja poderosa  
Despierta  
Despierta”

Repitieron en coro el resto de las brujas.

La noche estaba calmada y ni siquiera una leve brisa mecía las hojas de los árboles; sin embargo, una fuerte corriente de viento golpeó a Lina y la sacudió, como las olas del mar.

—” Despierta bruja poderosa  
Despierta  
Despierta”

Volvieron a corear las mujeres reunidas en el aquelarre.

El viento cesó tan rápido como había aparecido. El cabello de Lina seguía agitándose, movido por una fuerza invisible; su cuerpo resplandecía, rodeado por un halo de luz blanca.

La Diosa. La sagrada luna de las brujas blancas había acogido a Lina y le había dado un lugar entre sus hermanas brujas.

...

Cuando regresó a su casa, de madrugada, Lina estaba tan emocionada, que pensó que no podría conciliar el sueño; sin embargo, apenas puso su cabeza sobre la almohada, iluminada por la luz de la luna llena, se durmió inmediatamente.

La mañana siguiente no tenía que ir al mercado, así es que pasó más tiempo del habitual en el bosque, al despuntar el sol.

La naturaleza le parecía más viva, más cercana a Lina; tanto que podía sentir la energía que fluía entre todos los seres y entre ella también.

...

Cuando Lina llegó al mercado a vender sus productos, se sorprendió al ver a cada uno de sus vecinos. Ante los ojos de la muchacha, cada persona ahora se mostraba rodeada de una brillante luz de color; todos, excepto una.

—Hola, Señora Rosita —saludó Lina a su vecina en el mercado.

—Hola, mi niña —respondió la mujer.

—La veo un poco decaída hoy —observó la muchacha al ver la oscura y opaca aura que rodeaba a su vecina—. ¿Está mal de salud?

—La verdad es que no me he sentido muy bien últimamente, pero mañana mi hija me va a llevar al médico —contó la Señora Rosa.

—Me cuenta cómo le va en el doctor —pidió Lina.

—Eres una niña muy buena —agregó la mujer, tomándole las manos a la joven.

...

Lina de alguna manera intuía que la Señora Rosita tenía algo serio, así es que fue a visitarla el sábado siguiente.

—Buenos días, Señora Rosita —saludó la muchacha—. Le traje un regalito.

—Pero que agradable sorpresa, mi niña —contestó la mujer con los ojos chispeantes de alegría.

—Le traje un poco de carne asada, papas cocidas y frutas —mostró la joven.

—Pero esta es mucha comida para mí sola, querida. Vas a tener que acompañarme a almorzar —señaló la mujer.

—Jijiji —rio risueña Lina.

—Después de un rato de amena charla, la muchacha finalmente se decidió a preguntar sobre la salud de la señora.

—Bueno, cuénteme qué le dijo el médico —preguntó Lina.

—Me hicieron un montón de exámenes tontos —se quejó la mujer—. Según el doctor, me tengo que operar del corazón.

—Pero eso no es tonto, Señora Rosita. Tiene que cuidarse mucho —la reprendió Lina.

—No se preocupe; voy a estar bien —opinó la Señora Rosa.

—Prométame que se va a cuidar —pidió la muchacha al despedirse.

—No se preocupe tanto por esta vieja —dijo la mujer al despedirse.

—Hasta pronto, Señora Rosita —contestó Lina.

...

La luna llena lucía en todo su esplendor su disco blanco, en un cielo nocturno cubierto de estrellas, como diamantes en terciopelo negro.

El ave nocturna, llevada por su aleteo silencioso, se posó en una rama del árbol añoso, que crecía frente a la ventana de la humilde casa.

Después de observar a la mujer que dormía plácidamente, el ave se disolvió en una nube de vapor, que penetró por las rendijas que quedaban en la ventana mal cerrada.

—Hola, Señora Rosita —saludó Lina en voz baja a su amiga, que dormía sin percatarse de nada.

Después de respirar hondo y con los ojos cerrados, y sentir la magia que portaba la luz de la luna, la muchacha miró nuevamente a la mujer; concentrándose en su pecho, observó cómo su cansado corazón trabajaba con dificultad.

—Diosa Luna de las brujas blancas, por favor concédeme el poder de sanar a esta buena persona —rogó Lina, mirando el plateado disco lunar.

—Oh Diosa, poderosa y sabia; que el corazón de esta mujer vuelva a ser joven y fuerte. Esta bruja te lo pide.

Con satisfacción Lina vio como el corazón de la Señora Rosita volvía a latir con un ritmo armonioso y fuerte, y su aura se volvía blanca y brillante nuevamente; lo que implicaba que su salud había mejorado.

— ¿Mamá, estás con alguien? —preguntó una voz de mujer desde la otra habitación, mientras se encendía una luz.

Girando hacia la ventana, Lina se convirtió en una nube de vapor que salió a través de la ventana, y que afuera se transformó en una gran ave que se alejó silenciosamente.

...

De regreso a su casa, la muchacha decidió disfrutar un rato del fresco aire nocturno y la reconfortante luz de la luna llena.

A lo lejos dos incandescentes puntos se acercaban lentamente. Cuando estaban más cerca, Lina pudo comprobar que era una hermosa puma que se dirigía lentamente hacia ella. Mientras avanzaba, la gran gata adquirió la forma de la gata que le reveló el gran misterio oculto de su nueva vida.

—Veo que has descubierto el placer de hacer el bien y ayudar a los otros —comentó la rubia mujer.

—La Señora Rosita siempre ha sido muy buena conmigo y con mi hijo, y estaba muy enferma —explicó Lina.

—Y por eso la ayudaste —comentó la bruja.

—Ya está muy mayor y no sería bueno que se opere del corazón —continuó la muchacha.

—Y ahora, gracias a ti, no tendrá que hacerlo —agregó la mujer.

— ¿Si se tiene un gran poder, de que sirve si no se usa para ayudar a los otros? —preguntó Lina.

—Tienes razón en eso —coincidió la mujer—; pero debes ser cuidadosa de que los demás no se enteren de que eres una bruja.

—La gente mete a todos en el mismo saco —reflexionó Lina.

—Por eso es que no revelamos nuestra verdadera naturaleza a cualquiera —explicó la mujer.

—Pero yo no venía a esto —aclaró la bruja—. Venía a buscarte para ir al aquelarre de esta luna llena.

— ¿Hoy también hay uno? —preguntó Lina.

—Cada luna llena entramos en comunión con la Diosa —explicó la mujer.

—Entonces vamos ya —respondió emocionada la muchacha.

—Pero no así —la detuvo la bruja, adquiriendo la forma de la puma.

—Ya entiendo —asintió Lina, convirtiéndose en una gran ave.

...

La hoguera ardía con fuerza cuando llegaron al claro en el bosque. Despojándose de sus vestimentas, las brujas formaron un círculo entorno al fuego,

que las invitaba a danzar; arriba, en el firmamento, la Diosa observaba a través del disco de plata de la luna llena.

Lentamente las mujeres comenzaron a caminar alrededor de la gran fogata, y lo que en un principio era solo un murmullo, se convirtió en un vibrante canto, acompañado de la música emanada de la tierra, el aire, el fuego y el agua.

—” Invoco a la Diosa que susurra a mi alrededor  
Despierta  
Bruja poderosa  
Invoco a tu luz y a tu sombra  
Soy tierra, soy agua, soy fuego y soy aire.

Soy bruja poderosa  
Soy una con la Diosa y con mis ancestras.

La oscuridad no puede derrotar a mi luz  
Porque mi corazón es puro, mi voluntad es fuerte  
Y mi palabra es ley.

Despierta bruja poderosa  
Despierta  
Despierta”

Una y otra vez las brujas blancas repitieron, cada vez con más fuerza, el saludo a su Diosa.

Con los ojos brillantes como dos estrellas, la piel cubierta de sudor, el cabello agitándose suelto y todo su cuerpo rodeado de un aura de luz blanca, las brujas reafirmaron sus votos con su Diosa y con sus hermanas brujas.

...

Las sirenas de los carros de bomberos despertaron a Lina, que dormía plácidamente, después de un ajetreado día.

—Un incendio —observó la muchacha—; y parece que es cerca.

Por la venta pudo ver las luces de los carros bomba que se acercaban y las siluetas de varios vecinos, que corrían cargando baldes y tarros con agua.

— ¿Qué ocurre, Señora Rosita? —preguntó Lina a su vecina al verla cerca de su casa.

—Un incendio muy grande, que ha quemado varias casa —contó la mujer.

— ¡Qué terrible! —exclamó la muchacha.

—Lo peor es que no hay agua porque reventó una cañería —agregó la Señora Rosita.

Después de meditarlo un momento, Lina se decidió.

— ¿Señora Rosita, puede cuidar a mi niño? Voy a ver si puedo ayudar en algo.

—Pero ya vienen los bomberos —observó la mujer.

— ¿Y si no alcanza el agua? —quiso saber Lina.

—Está bien, pero cuídese mucho, mi niña —aconsejó la Señora Rosita, sabiendo que no podía hacer cambiar de idea a la joven, cuando algo se le metía en la cabeza.

...

El espectáculo que Lina encontró era desgarrador. El griterío y llantos se mezclaban con un ir y venir frenéticos llevando agua en distintos recipientes, para tratar de detener el avance del fuego, que había consumido tres viviendas y amenazaba con devorar una cuarta. Afortunadamente, hasta el momento, no había que lamentar la pérdida de ninguna vida.

— ¿En qué puedo ayudar? —preguntó Lina a un policía que estaba con el rostro lleno de hollín.

—Si puede ayude a acarrear agua; las cañerías de esta calle están casi secas —explicó el oficial.

—Voy enseguida —contestó la muchacha, recogiendo un balde tirado en el suelo y corrió a alguna otra calle que tuviera agua.

A los cinco minutos regresó, tratando de no derramar ni una gota del preciado líquido.

—Nuestros estanques están casi secos —gritó un bombero—. Debemos ir a recargar.

— ¡Pero el fuego va a quemar todo el pueblo! —gritó una mujer.

—Van a tener que tratar de contenerlo lo mejor que puedan, hasta que regresemos —indicó otro bombero, dirigiéndose a un carro bomba, para soltar las mangueras.

Los ojos de Lina se dilataron de espanto, al ver entre el humo y las llamas las siluetas de una mujer y un niño, que se abrazaban ante un inminente y terrible final.

Mirando hacia todos lados, la muchacha se dio cuenta de que, lamentablemente, había demasiada gente cerca suyo.

—” Recuerda mantener en secreto tu verdadera naturaleza; que los demás no sepan que eres una bruja” —resonaron, en la memoria de Lina, las palabras de advertencia de la bruja que la introdujo en el mundo de la magia.

—No hay alternativa —se dijo en voz alta Lina.

—Lluvia, obedéceme y cae con ímpetu.

Viento, detén tu soplar.

Fuerzas de la naturaleza, por favor respondan al llamado de esta bruja; sin tiempo que perder, que acabe esta tragedia.

Gritó Lina a todo pulmón, con los brazos extendidos hacia el cielo nocturno.

El viento, que en ese momento soplaba avivando el fuego y llevando cenizas encendidas, cesó de improviso; mientras el cielo se cubría rápidamente de densas nubes y una tupida lluvia comenzaba a caer, haciendo que el fuego, poco a poco se fuese agotando.

Sin embargo, la madre y su hijo, que estaban atrapados, pronto serían atrapados por las llamas y el aire ardiente. Sin pensarlo dos veces, ni preocuparse de la gente que la observaba atónita, Lina se convirtió, frente a todos, en una nube de humo que voló directamente hacia donde estaban la mujer y el niño, a punto de desmayarse por el calor y la falta de aire.

Recobrando nuevamente su forma humana, la joven bruja sintió con fuerza el golpe de calor. Sin perder ni un segundo, Lina abrazó a la mujer y al niño, y junto a ellos se volvió a transformar en humo, que al no tener forma definida, pudo pasar entre los escombros de la casa, que ese momento colapsaba, derrumbándose estrepitosamente.

Lejos del peligro, en medio de la calle, rodeada de la casi totalidad de los pobladores, Lina se materializó nuevamente, y junto a ella la mujer y su hijo, que estaban sanos y salvos, aunque un poco ahogados aún.

Como quien es descubierto en algo malo, Lina miró a todos los presentes y bajó la vista.

—Ya saben que soy una bruja. Supongo que tendré que irme del pueblo —comentó con la voz entrecortada.



Cuando había dado algunos pasos en silencio, la muchacha sintió que alguien la detenía de una mano; era el niño que acababa de salvar, que la miraba con una dulce sonrisa en su carita llena de hollín. Sin decir nada, la madre del niño la abrazó con fuerza, largándose a llorar.

—Gracias —fue la única palabra que pronunció la mujer.

—Todos guardaremos el secreto de lo que pasó esta noche —dijo con voz firme el esposo de la mujer.

—Has salvado muchas vidas y al pueblo mismo —señaló uno de los bomberos.

—Si a mí me preguntan, yo no vi nada —agregó un policía,

—Esta niña me curó de una enfermedad del corazón —contó la Señora Rosita, que estaba con el hijo de la muchacha tomado de la mano.

—Y a mí me consta que ella evitó una desgracia, cuando la otra vez se soltó un carro en el mercado, que habría atropellado a varias personas —recordó la Señora María.

La gente que estaba reunida, y que había sido testigo del acto de brujería, se acercó amable y cariñosa a Lina, y todos la felicitaron y le dieron las gracias sinceramente, por haber elegido salvar la vida de otros, antes que proteger su secreto.

— ¿Qué pasa, Señora Rosita? —preguntó el hijo de Lina, que no entendía nada.

—Tu mamita hizo algo muy bueno y desinteresado por todos —explicó la Señora Rosita—. Debes estar muy orgulloso de ella.

—Lo estoy, Señora Rosita; aunque no sé bien qué es eso —contestó el niño, tomando la mano de su madre.